

# El embrujo del marxismo-leninismo

Los pocos movimientos, partidos y sindicatos que todavía pasan por ser marxistas-leninistas son tenidos por muchos como "progresistas"

Víctor Manuel Arbeloa



**E**L embrujo ha llegado hasta nuestros días de tal manera, que los pocos movimientos, partidos y sindicatos... que todavía se llaman o pasan por ser marxistas-leninistas, o simplemente leninistas, son tenidos por muchos y aun por gran parte de la clase política llamada de "izquierdas" como "progresistas", y hasta suelen ser llamados así, especialmente cuando hacen parte de gobiernos, coaliciones, pactos o acuerdos con nacionalistas conservadores, socialistas y social-demócratas.

Quien haya leído el libro de Stephen Koch, "El fin de la inocencia: Willi Múzemberg y la seducción de los intelectuales" (1997), sobre los "procesos de Moscú" en 1938, lo entenderá mejor: el éxito del comunismo proporcionó a varias generaciones de "izquierdistas" y hasta de "gente inquieta", añadiría yo lo que pudiéramos llamar el Fuero del Bien, total, intemporal, absoluto, frente al Mal, que era el Fascismo, el único Mal absoluto, intemporal y total. Fuero del Bien, concretado en el ejercicio del "antifascismo" soviético, único y verdadero entre todos los posibles.

Recordemos por si acaso que el bolchevismo leninista llegó al poder en Rusia en 1917, el fascismo mussoliniano en Italia en 1924 y el nazismo hitleriano en Alemania en 1934: dos plagas que provocaron el mayor número de víctimas de la historia. Mucho antes que nosotros, "el niño bonito del partido", según Lenin, el camarada Nicolai Bujarin, reconocía que los fascistas habían hecho suya, poniéndola en práctica, la experiencia de la revolución rusa: la concentración de fuerzas, una sólida organización y una acción enérgica, el empleo de la fuerza y "la despiadada aniquilación del adversario cuando es necesario y lo determinan las circunstancias". Añadamos, por justicia elemental, que algunos de esos métodos habían sido ya

estrenados a menudo en la historia. En nuestro caso, los bolcheviques rusos lo habían aprendido, más de cerca, de sus teóricos anarquistas y de los feroces revolucionarios jacobinos franceses.

No importa que Lenin fuera un agente del imperio alemán; que suprimiera todas las libertades, él, que no creía en la libertad del hombre; que matara de hambre a sus compatriotas; que exterminara a todos los partidos, sindicatos, intelectuales, obreros y campesinos, que no secundaran sus planes. O que Stalin, su amigo y sucesor, entendiéndose con Hitler, se repartiera Polonia, y cometiera todos los innumerables crímenes, que, en parte, denunció hasta el mismo el presidente soviético Jrushchov en 1956. En el mejor de los casos, muchos "izquierdistas" y "progresistas" europeos se volvieron antiestalinistas, pero no antileninistas, cuando los dos monstruos hicieron la misma política del "terror revolucionario", heredado de la doctrina oficial de Carlos Marx.

Demasiado tarde se conocieron y se debatieron muchas de estas cosas, porque el "embujo" del Partido del Bien total cegaba muchas mentes europeas y el miedo a engrosar las filas del Mal absoluto les impedía pensar y actuar en consecuencia. ¿Les suena aunque de forma mucho más mitigada, claro, al lector todo esto?

El importante periódico moscovita "Izvestia" cifraba en 1997 en más de 100 millones las víctimas del comunismo en 23 países, desde 1917 a 1987. El diario ruso tenía en cuenta los estudios de reconocidos investigadores, como el sueco Per Ahlmark o el norteamericano R. Rummel. Stalin ocupa el primer puesto de culpa-

bles, con 42 millones de víctimas, seguido por el chino Mao Zedong, con 21. Tras otro chino, Chang Kai Chek, primero prosoviético y luego su rival, viene Hitler y, el quinto, Lenin, el fundador de la Cheka y del Gulag. Los siguen: Pol Pot, Tito, Mengistu, Ceaucescu, Samora Machel... En China, Vietnam, Corea del Norte, Cuba o Venezuela, desde esa fecha no dejaron de matar.

Poco después, tras varios años de investigación, se publicó en Francia la obra colectiva "El libro negro del Comunismo: crímenes, terror, represión", (1997), con cifras no muy distintas de las dadas por el periódico ruso, sólo que con distribución distinta: 65 millones de víctimas en China, 20 en la Unión Soviética, 2 en Corea del Norte, 2 en Camboya, 1 millón en Europa oriental...

Investigadores de la talla de S. Courtois, T. Wolton, o H. Carrière d'Encausse, han continuado la tarea de estudiar y publicar la siniestra historia marxista-leninista-stalinista.

Pero, a pesar de estas cifras terribles, no ya Lenin, pero ni siquiera Stalin es tan malo como Hitler, y los crímenes del socialismo soviético no parecen tan graves como los del nacionalsocialismo. Y, si tantas veces, se aducen los crímenes de Hitler para "equilibrar" los horrores comunistas, rara vez ocurre lo contrario.

Todavía subsiste el desdichado "embujo" del falso Bien frente a un grave Mal, sí, pero no único. Y digo "embujo", cuando tal vez debiera decir también: Ignorancia, complejo, miedo, perversión, injusticia, incompasión...

Víctor Manuel Arbeloa Muru Escritor

